

ministro de la guerra le escribía al finalizar Agosto: «Comprendo perfectamente la divergencia que puede haber á veces, entre vuestro parecer sobre los hechos cumplidos ó que se cumplen y el del gobierno mexicano; no puede ser de otra manera, atendiendo á los puntos de vista diferentes que se presentan en el horizonte.» «Usted considera que nuestra Intervención no debe durar sino rigurosamente el tiempo necesario para cumplir la obra que hemos emprendido, y el gobierno mexicano considera que debemos sacrificar nuestros propios intereses á los suyos, y no pensar en separarnos de él sino cuando todo el país haya entrado en tranquilidad y perfecto orden, es decir, en una época indeterminada. Esto viene á ser, bajo varios conceptos, el segundo volúmen de nuestra ocupación de Roma y llevando adelante el sentido de esta comparación, debíamos permanecer en México hasta el reconocimiento del Imperio mexicano por los Estados Unidos.»

«Sé, decía el ministro, que el Emperador Maximiliano halla excesivos los gastos que se erogan en las expediciones emprendidas; dice que la de Oaxaca ha costado al tesoro mexicano diez millones de francos; puede ser que esta cifra sea exacta; pero en todo caso, pregunto si sería más justo y natural que fueran cubiertos esos gastos por el tesoro francés que ningún provechó tiene que sacar.» Aprobaba que los soldados mexicanos estuvieran ocupados en los lugares más exóticos y que los batallones franceses quedaran en disposición de hacer frente á las eventualidades que pudiesen aparecer por el Río Bravo.

Bazaine continuó su obra de concentración, y dispuso que el comandante de la «Triphone» estacionada cerca de Texas, enviase á tierra al oficial M. de la Bellodiére, con la misión de conocer los preparativos de los americanos. Este oficial estuvo cinco días en Brownsville y en Brazos; adquirió la certidumbre de que un ejército de setenta mil hombres se concentraba en esos lugares, compuesto de infantería, de negros mal vestidos y peor calzados aunque bien armados; siendo excelente el estado de la caballería y la artillería. Los negros, dijo el informante, habían sido llevados allí, más bien para que desertaran y fuesen á engrosar las filas de los republicanos juaristas. Este ejército de Texas no fué disminuido en cuarenta mil hombres, como se dijo, sino que Sheridan solamente licenció unos cuantos regimientos.

Maximiliano insistía en su proyecto de atraerse la voluntad del gobierno de Washington y para ello dió orden al general Tomás Mejía, de entregar á las autoridades federales de Texas las armas que había obtenido la guarnición de Matamoros, pertenecientes á los confederados de las divisiones de Smith y Slaughter, acto de cortesía y neutralidad que juzgó sería debidamente apreciado é inclinaría en los Estados Unidos la opinión pública en favor del reconocimiento del Imperio de México.

Bazaine quiso prevenir un peligro, disponiendo que todos los confederados ó federales que buscaran refugio en México, fuesen admitidos en la legión extranjera bajo el mismo pie que los que se enganchaban en Europa, con cuya disposición

esperó quitar á Juárez temibles auxiliares. En seguida ordenó al general Castagny que reuniese sus fuerzas alrededor de Durango, comprendiendo las del general Brincourt.

Este general ignoraba que su misión en Chihuahua había de ser temporal, y en tal concepto estaba instalado en esa ciudad con el firme propósito de no dejarla en mucho tiempo. Le sorprendió la orden de marcha, pues creía que no había llenado su encargo, dejando libres á los juaristas cuya persecución se le había encomendado. Guiado por estas ideas, aun contrariando la disciplina militar, escribió el 17 de Octubre á su superior para protestar contra la orden que se le daba; veía con disgusto que era preciso abandonar á Chihuahua dejándola al enemigo, y que esa retirada no podía menos que alimentar nuevamente la guerra que tomaría el carácter de lucha nacional; pero lo que más le molestaba era, que había hecho el papel de *engañador*, presentándose en nombre de la Francia y del Emperador Maximiliano á ofrecer paz, seguridad y protección á una sociedad oprimida por Juárez y sus adeptos, y ahora iba á dejar á estos el lugar.

Decía que ya estaba organizado el país y reemplazadas todas las autoridades juaristas por individuos pacíficos que se habían adherido al gobierno imperial; había impulsado á los pueblos de la Sierra á un movimiento de regeneración haciéndoles combatir en interés de la causa imperial, y ahora tenía que abandonar á los excesos y venganzas de los liberales, á millares de individuos que se habían fiado en la palabra del general francés y que contaban con su protección; todo ello para ejecutar un movimiento militar de concentración, cuyo objeto no podía adivinar, sin que quedase ni un prefecto político en nombre del Emperador Maximiliano, ni un general ó un cuerpo de tropas que representara la Intervención francesa, con el encargo de proteger tantos intereses y con el deber de cuidar *un suelo gloriosamente conquistado por las armas francesas*.

Brincourt consideraba que los motivos para esa concentración deberían ser poderosos, puesto que exigían del ejército francés un paso para atrás comprometiendo su honor; él no tenía más que obedecer; pero mejor querría quebrar su espada que doblarla. Rogaba á su jefe que le quitase el mando si en definitiva era necesario abandonar á Chihuahua, pudiendo conducir la columna el Coronel Carteret, al cual transmitiría las instrucciones, y Brincourt le acompañaría como simple particular; aun daría su dimisión Brincourt, si era necesario, pudiendo decir, al menos, que no había abandonado á desgraciados después de haberlos engañado y que no se batía en retirada delante de un enemigo imaginario, ó sin luchar; y si las poblaciones se levantaban poco á poco detrás de ellos, se diría que él había perdido por debilidad todos los frutos de la Intervención y precipitado la retirada del ejército francés. Ofrecía resguardar á Chihuahua con mil hombres y enviar mil cien para cubrir á Durango. Suplicó al general Castagny que le ayudese á conseguir, que Bazaine cambiara la determinación de abandonar á Chihuahua, en interés y honor del ejército francés y por las consecuencias tan funestas que se derivaban. Brincourt, apoyado en su conciencia, se abrogaba

la responsabilidad de una resistencia que podría calificarse de oposición ó indisciplina, y si se juzgaba que debía operar inmediatamente la retirada, insistiría en que se le quitara el mando y se le diera al Coronel Carteret para que quedase bien probado que había resistido á una orden que le deshonraba.

Castagny le mantuvo en el mando y sostuvo la orden de concentrarse á Durango. Bazaine juzgó la protesta del general Brincourt, un acto de lealtad y le recibió en México cordialmente; le apartó de la idea de regresar desde luego á Francia y le detuvo á su lado, haciéndole comprender sin duda, los motivos poderosos que obligaban á efectuar la concentración del ejército expedicionario.

En Chihuahua seguían las pasiones políticas con gran efervescencia. El 16 de Septiembre se dijo en la ciudad una misa sobre el sepulcro de Hidalgo, á la que asistió lo mejor de aquella sociedad; las señoras vestían luto y el único adorno del altar fué una bandera á media asta y un crespón negro significando el luto de la Nación y el particular del Estado por la muerte del joven gobernador Ojinaga. En la tarde, reunidos alrededor de la mesa varios amigos con objeto de celebrar la Independencia, fué entre ellos aprehendido por la policía el Sr. J. Escobar y Armendariz, calificado de promotor de la manifestación; conducido á la cárcel le acompañaron sus amigos que á los ocho días quedaron en libertad, mediante una multa de mil pesos. Armendariz fué sentenciado por el general Brincourt á un mes de trabajos públicos; durante este tiempo barrió las calles, siendo obsequiado por las señoras y señoritas que le regalaban flores y le hacían otros obsequios, á lo cual puso límite la autoridad francesa con rigurosa tiranía. Al término de la sentencia, Armendariz fué desterrado.

El mariscal Bazaine se preparaba para la eventualidad de que le atacaran los Estados Unidos, y operó un movimiento simultáneo de concentración, para lo cual retiró á los franceses que habían invadido los Estados de Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sinaloa y Sonora. La brigada del general Jeanningros abandonó á Monterrey y Saltillo y se dirigió San Luis Potosí, á la vez que la del general Brincourt desocupaba el de Chihuahua, acompañándole los individuos mexicanos que habían fungido de autoridades; los expedicionarios que invadían á Sinaloa lo abandonaron también, conservando únicamente el puerto de Mazatlán, por algunos días, y los de Sonora se concentraron en Guaymas evacuando á Ures y Hermosillo. Habían quedado los imperialistas dueños de casi todo el Estado desde la muerte del general Rosales. (1)

Tan luego que fué evacuada Chihuahua, dispuso el Presidente Juárez volver á ocuparla, dejando erigida en Villa la población del Presidio del Norte con el nombre de Ojinaga, en memoria del general de este nombre. Por una circular ordenó que todos los generales, jefes y oficiales que habían salido de la República sin licencia del gobierno, ó que hubiesen dejado pasar la que se les

1 Este jefe, que desde Agosto se había retirado de Alamos, habiendo querido reocupar la ciudad fué derrotado con pérdida considerable de sus fuerzas y en seguida pereció á manos de los indios.

había dado, fueran reducidos á prisión luego que se presentaran en algún lugar de la República, y que en seguida se diera cuenta al gobierno para disponer lo conveniente respecto á juzgarlos.

Dos días antes de que el Sr. Juárez saliera de Paso del Norte, fué obsequiado con un baile por la oficialidad del fuerte Bliss, como testimonio de aprecio y simpatía. Al llegar á Chihuahua ya funcionaba D. Luis Terrazas como gobernador y comandante militar. D. Félix Maceyra había sido nombrado por una junta de los principales vecinos de la ciudad; pero el coronel D. José Merino, comandante de la frontera oriental del Estado, nombró al Sr. Terrazas quien desde luego entró á desempeñar su comisión, que fué ratificada por el gobierno general.

Lo que pasó en Chihuahua, esto es, que después de sometido el país y organizada la administración en muchos lugares, se hundía todo lo establecido al alejarse los franceses, pasó en diversas poblaciones. El general Douay, comandante de San Luis Potosí, escribía lo siguiente: «La organización política establecida por el gobierno imperial, no ha producido hasta hoy ningún resultado. La tranquilidad que reina en algunos departamentos es aparente y debida únicamente á la ocupación francesa. Los partidarios sinceros del gobierno están en corto número, y en el estado que guardan los espíritus no se puede contar con nadie, cualquiera que sea el partido á que pertenezca.»

El general Neigre, que mandaba en León, calificó de tirante el estado del país, pues día á día se esperaba un cambio que llegaba á ser indispensable en la política, exigiendo más energía en el gobierno; aseguraba que si las columnas francesas ganaban diariamente terreno, era preciso reconocer que no pasaba lo mismo con la administración central. Nada se hacía en los departamentos y por donde quiera que se anhelaba por la paz, *se pedía una organización fuerte, sólida y durable*; pero todos veían con disgusto que no se satisfacía este deseo. «Solamente los disidentes se regocijaban de tal situación.» Estimaba que ésta era entonces peor que la del año anterior, cuando estaba la autoridad en manos del ejército francés, pues todo el país tenía en aquella época las más legítimas esperanzas. Según Neigre, el gobierno de Maximiliano no había conquistado una sola simpatía, porque nadie, después de aquel tiempo, se le había adherido de buena fe, y los más calurosos partidarios del Imperio se habían enfriado; desaparecía la confianza en el porvenir y poco á poco se extendía por todas partes el desafecto á la administración pública.

Bazaine decía á Napoleón, que si Maximiliano no se decidía á cambiar radicalmente de consejeros, la situación general del Imperio no variaría y que tal medida era considerada por todos como indispensable; lamentaba el Mariscal que no se tomara esa determinación, porque todo aplazamiento traería la pérdida de un tiempo precioso.

Conforme á las instrucciones del gobierno francés, su representante aquí, Mr. Danó, celebró el 27 de Septiembre con el gobierno de Maximiliano una con-

vención, en cuya virtud y atendiendo á modificaciones posteriores, el guarismo total de las indemnizaciones debidas á franceses por daños y perjuicios causados á sus propiedades y personas, por los gobiernos de México ó sus agentes, se fijó en cuarenta millones de francos, que serían pagados en títulos de la renta mexicana, á la par, y el gobierno francés la repartiría entre sus nacionales de la manera que juzgara conveniente. Este gobierno tenía ya recibidos en cuenta, doce millones en títulos del primer empréstito contratado en Francia, lo demás sería entregado en valores del mismo género por la comisión mexicana de Hacienda instituida en París. El gobierno mexicano quedaba libre de toda responsabilidad por reclamaciones posteriores, y el francés se comprometió á no patrocinarlas considerando sin valor, en virtud de este convenio, el artículo 12 del de Miramar en lo relativo á la materia.

El gobierno francés propuso la reforma de que no fuese en títulos del primer empréstito, sino del segundo lo que faltara para completar los cuarenta millones en que se estimaba el monto de las reclamaciones, puesto que todos los títulos del primer empréstito se habían convertido en los del segundo. En consecuencia, el pago debía efectuarse en obligaciones sobrantes de éste.

Las reclamaciones francesas no podían ajustarse á un arreglo definitivo, porque siendo número par el de los individuos que componían las comisiones, tanto en México como en París, instituidas para examinar dichas reclamaciones, sucedía frecuentemente que se dividía la opinión por igual, y careciendo del voto de calidad los miembros de ellas, quedaban los asuntos sin resolverse. Maximiliano accedió á que los negocios que estuvieran en tal condición, fueran decididos por un árbitro residente en París.

El ministerio de Maximiliano opuso alguna resistencia, pues que el pago así hecho sería más oneroso al erario; pero cedió á las razones de Estado que expuso Mr. Danó. Sin embargo, éste avisaba el 18 de Enero de 1866, que el Subsecretario de Hacienda, aun no libraba las órdenes necesarias para la entrega de los títulos, cuyo requisito debía ser previo á la ratificación del convenio.

También fué firmada en México, entre Mr. Danó y D. Francisco de P. César, otra convención con objeto de fijar la situación de los empleados franceses enviados al territorio mexicano. Aparecía en ese convenio, que el gobierno de Maximiliano necesitaba para subsistir, del dinero y las bayonetas franceses y que era ya considerable el número de empleados subalternos franceses, al grado de considerar indispensable asegurar sus intereses por medio de un convenio diplomático. Reservado quedaba al Emperador mexicano, determinar el número y la especialidad de los empleados franceses que necesitara para los diversos ramos de la administración pública, dándoseles un sueldo equivalente al que disfrutaban en Francia, y una indemnización diaria que variaba de tres á seis ó más pesos, según el sueldo, sin que perdieran el carácter de empleados de la administración francesa, pues quedaban con el título de agentes de ella.

A las grandes dificultades que experimentaba el tesoro imperial mexicano,



*D. Mariano Campos,*

*Secretario de Hacienda en los últimos meses del Imperio de Maximiliano.*

Cuando en Octubre de 1866, el cúmulo de circunstancias difíciles, entre ellas la completa penuria del erario, obligaron al Emperador á retirarse de su capital, aceptó el Sr. Campos luchar con los inconvenientes gigantescos que impedían la adquisición de recursos. Presente en las conferencias habidas en Orizaba para tratar del regreso de Maximiliano á la capital, afirmó el Sr. Campos que tan sólo de las poblaciones que reconocían al Imperio, se obtendrían al año quince millones de pesos, siendo suficientes doce para sostener una fuerza de treinta mil soldados. Formuló varios proyectos de ley que fueron publicados en la misma Orizaba, y dibujó un cuadro optimista en el que se trasparentaba que las necesidades públicas quedarían satisfechas.

Decepcionado el Sr. Campos, renunció la cartera á principios de Enero de 1867; el Consejo de Ministros no le aceptó por lo pronto la dimisión, dejándole que pugnara con los funcionarios franceses, con la multitud de acreedores que tenía el erario, con la avalancha de libranzas foráneas provenientes de prestadores forzosos y con otros mil créditos cobrables, sin que pudiese contar con más entradas que las de la aduana de México. Se calificó de un gran suceso haber conseguido setenta y dos mil pesos para el viaje de Maximiliano á Querétaro. Campos continuó en el Ministerio hasta el 8 de Marzo de ese mismo año.